

CASIMODO

Combinación aprovechable

Si usted nos envía, desde cualquier lugar de la República, \$ 4, le remitiremos por seis meses, nuestra revista y además la reputada revista "INSURREXIT" que editan los estudiantes universitarios. Para el exterior, \$ 2.50 oro.

A un Suscriptor Desconocido

Rogamos a la persona que en la noche del sábado del mes próximo pasado, entregó a un vendedor de «Cuasímodo» 4 pesos, en el local de la Escuela Presidente Roca, donde daba su conferencia sobre estética Jorge Guash Leguizamón, en pago de una suscripción semestral a esta revista, conjuntamente con «Insurreixt», quiera enviarnos su nombre y dirección, por haberla extraviado el encargado de traerla a nuestra administración.

CUASIMODO

REVISTA DECENAL

Editores: JULIO R. BARCOS Y NEMESIO CANALES



Dirección y Administración: CANGALLO 3047

Precio de suscripción: \$ 3, semestre — Ejemplar: 20 centavos. — Atrasado: 40 centavos

Exterior: \$ 4.50, semestre — Ejemplar: 30 centavos moneda argentina.

CRONIQUELLA INTERNACIONAL

Por NEMESIO CANALES

Las reparaciones

Esta película de las *reparaciones*, es de las de serie. El papel de villano o malhechor en ella, lo hace Alemania. Y, lo mismo que en el cine, cuando todo parece anunciar que los buenos han triunfado de los malos, y que los miles de millones van a cobrarse, y Lloyd George le echa unos piropos a Briand y Briand a Lloyd George, y todo marcha a pedir de boca, sale un cartelito anunciando que la cosa no ha terminado aún y que continuará la semana que viene. ¿Cuántas conferencias llevan ya celebradas los principales actores de este absurdo cinedrama, cuyo título debiera ser: «Manera de sacarle leche a un ladrillo», o cosa por el estilo? Primero fué en Versalles, luego en Ginebra, en seguida en Italia... y pronto no va a quedar punto alguno del planeta donde los aliados no se hayan reunido para seguirle dando vueltas y más vueltas al originalísimo rompecabezas ese de hacer que un muerto — Alemania — no sólo recupere de pronto, como Lázaro, la vida y la salud, sino que tenga fuerza bastante para echárselos a todos ellos al hombro y sacarlos del atolladero económico en que se encuentran.

—Pero es que se hace la muerta para engañarnos, — gritan los peritos. — Es que puede pagar y no quiere. — Y echan cálculos, y sale a relucir una ristra de números que da grima... y nada: los miles de millones soñados no aparecen por ninguna parte. ¡Qué han de aparecer! No hay necesidad de ser profeta, ni siquiera perito, para vaticinar que no, que no han de aparecer. Basta saber que si Inglaterra y Francia, — con todo y ser tan prósperas y pujantes en relación con la nación vencida y despojada — no sólo no han podido pagar su deuda exterior, ni aún los intereses, sino que ni siquiera pueden nivelar su presupuesto corriente, mucho menos ha de poder Alemania, — postrada y agotada como está — cargar con sus deudas propias y con las deudas de los demás. Esto lo ve un ciego.

Pero, entonces, si lo ve un ciego, ¿cómo no lo pueden ver esos ases de la diplomacia que se llaman Lloyd George y Briand? Pues, sencillamente, porque ni lo quieren ni lo pueden ver. Están en tal aprieto, que sólo les queda esa carta que jugar. Y el dilema es terrible pero sencillo: o no la juegan, — y en ese caso firman su sentencia de muerte, porque sus pueblos respectivos (alucinados por las falsas promesas de ellos mismos) los derriban y desuellan sin piedad. — o la juegan y siguen ganando tiempo y confiando, como buenos jugadores, que no otra cosa son estos políticos maromeros, en lo imprevisible, en algún suceso nuevo que cambie repentinamente el curso de los acontecimientos y les permita seguir en el trapezio.

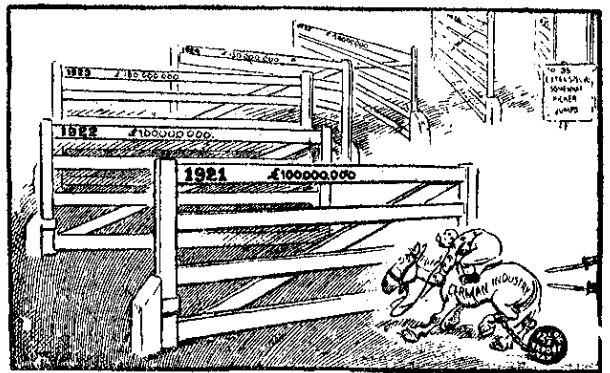
Con sólo que quisieran...

Pero... ¿qué páñflos inverosímiles estos Ebert y Simons, y demás gobernantes de Alemania! ¿Cómo no ven estos infelices papanatas del socialismo con cuenta-gotas,

que ellos son ahora los que, si quisieran, tendrían la sartén por el mango! ¿Cómo no ven que, en el estado actual del mundo, ellos podrían reirse de Lloyd George y compararse con sólo que se resolvieran a ir a Roma por todo! Bastaría que dijeran: «Ea, señores; esto se acabó! Puesto que ustedes no se avienen a razones... sepan que ahora no estamos dispuestos a pagar ni un solo centavo. ¿Que viene Foch? Que venga Foch y que vengan todos los demonios del infierno. Aquí estamos; aquí está Alemania. Tomadnos; tomadla; haced lo que queráis».

¿Qué creen ustedes que sucedería? ¿Hay alguien tan cándido que se figure que tragarse a Alemania pasiva es tan fácil como almorzarse a Santo Domingo? Si por el reparto de huesos de Turquía se armaron mil camorras entre los saqueadores, ¿cuántas no se armarían por el reparto de una presa tan colosal como Alemania? Pero, suponiendo que Dios hiciera un milagro y que no hubiera las camorras de siempre cuando se trata de *este pedaso para tí y este otro para mí*, ¿qué nación de Europa se atrevería a cargar con el muerto de una ocupación que supone gastos y responsabilidades tan tremendas? ¿Inglaterra? Ni que soñarlo. El sólo intento de arriesgarse en tal empresa, provocaría una revolución... y no está la Magdalena para tafetanes. ¿Francia?... Tampoco. ¿Iba ella sola a sacarles las castañas del fuego a sus compadres? Y, en todo caso, ¿tendría ella sola recursos pecuniarios y militares bastantes? Y aún teniéndolos, ¿se atrevería a exponer sus soldados, mediante una larga ocupación, al riesgo de que, a semejanza de los alemanes que ocuparon parte de Rusia, se les fuera poco a poco infestando de bolshevismo? Pero, dado caso que Francia sola pudiera y quisiera ocupar, ¿se resolverían las demás naciones — tan celosas las unas de lo que arañan las otras, — a presenciar impasibles esta brusca expansión industrial y

LA CARICATURA MUNDIAL



LAS REPARACIONES. — Carrera de obstáculos en que tiene la pista el encadenado y agobiado jamelgo de la industria alemana. — (De «The Star», Londres).

militar de Francia? ¿Se quedaría quieta Italia? ¿Se cruzaría de brazos, sonriendo paternalmente, el tío Sam?...

Vemos, pues, que sería cosa inevitable y de cinco minutos el que se armara la de Dios es Cristo, pues si hay un arma poderosa en el mundo, en circunstancias especiales, es la de la resistencia pasiva.

Y si a este plato de la resistencia pasiva se le pone un poco de salsa rusa, un ademán (¡bastaría un ademán!) de hacer de la buena amistad de Lenin el uso inteligente y oportuno que supo hacer Mustafá Kemal... apaga y vámonos.

¡Qué lástima que en estos momentos tan preciosos Alemania no cuente más que con este paquidémico y cataplásmico Ebert!

La que nos espera

«Si permanecemos todos de acuerdo, seremos capaces de regenerar a Europa». Estas seráficas palabritas son las últimas del discurso con que Lloyd George se despidió de Briand, «después que se hubieron puesto (cable de la agencia Havas, mayo 5), las firmas al pie del documento que ha sido enviado al gobierno alemán al terminar sus deliberaciones el Consejo Supremo».

Si permanecemos todos de acuerdo, seremos capaces de regenerar a Europa. ¡Oh, este Lloyd George! ¡qué cosas se le ocurren! Cualquiera que haya caído de la luna diría que este hombrequito tan buenazo que habla de regenerar a Europa no ha tenido nada que ver con ninguno de los innumerables desaciertos, atropellos al derecho de gentes, trifulcas y gatuperios internacionales, escalamientos, hambres, enredos, crisis y desolaciones que desencadenó sobre el mundo la política sórdida, vengativa y rapaz que siguió a la gran guerra. «Si seguimos todos de acuerdo...» ; Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores y evita que estos regeneradores sigan de acuerdo para continuar su vasto plan de regeneración, plan que consiste, por lo visto, en no dejar piedra sobre piedra sobre la redondez del planeta.

El «yo acuso» de los obreros ingleses

Y mientras Lloyd George decía su discurso, he aquí lo que le decían a su vez a Lloyd George los trabajadores de Inglaterra en un permanente que acabamos de ver en el «Daily Herald»:

NOSOTROS ACUSAMOS

A LOS MIEMBROS DEL GOBIERNO DE SU MAJESTAD:

De haber destruido deliberadamente los mercados europeos para los artículos de fabricación inglesa.

De haberse rehusado deliberadamente a comerciar con Rusia que necesitaba los productos de la industria inglesa y podía y quería pagarlos bien.

De haber destruido el comercio inglés con Irlanda, en su insensato deseo de oprimir a las naciones pequeñas y extirpar todo vestigio de libertad.

De haber obligado a los trabajadores ingleses a expiar, en desocupaciones, hambre e ignominia, los crímenes de su propia, incalificable maldad.

¡Ingratos!

Ingratos estos obreros ingleses. No se han dado cuenta de que todo aquello de que se quejan no ha sido hecho con otro fin que con el de regenerarles. La regeneración por el ayuno y la penitencia: ¿hay fórmula más clásica y eficaz?

Está visto que el mundo está lleno de ingratos.

¡Hombres o hienas?

Dice «The Nation», en su número de Marzo 30:

—No es nada nuevo el hallar que los representantes de los aliados son pésimos hombres de negocios, pero la reciente nota de la Comisión de Reparaciones en que se le pide a Austria que entregue todos los semovientes especificados en el Tratado de San Germán, parece no sólo

LA CARICATURA MUNDIAL



El buitre del capitalismo mundial, pendiente de que el mendigo extenuado caiga de una vez, para echársele encima. — (De «Rocky Mountain News», E. Unidos).

tonta, sino cruel hasta la ferocidad. Esto significa que Austria deberá entregar inmediatamente 6.000 vacas de leche — 1.000 a Yugoslavia, 1.000 a Rumania (ambos países que exportan ganado), y 4.000 a Italia, en el momento mismo en que la sociedad «American Relief» (socorros americanos) se encuentra obligada a embarcar grandes cantidades de leche para Austria, y la «Viena Children's Milk Relief» declara que hay miles de niños allí que jamás han probado la leche fresca de vaca, y la Cruz Roja comunica que sólo en Viena existen hoy 115.000 niños tuberculosos, cuya principal necesidad es la leche. Lo que hace de esta demanda especial algo especialmente inhumano e idiota, es el hecho de que los gobiernos aliados, reunidos en Conferencia en Londres, previa consulta con sus peritos, acaban de anunciar que están dispuestos a prorrogar sus créditos contra Austria, a fin de salvarla del hambre».

Escrupulosidad de los métodos de propaganda

antibolshevique

Del mismo periódico traduzco y transcribo lo siguiente: «En su pasión por desacreditar al Gobierno Soviet, sus enemigos, no sólo han manufacturado propaganda en grandes cantidades para la exportación, sino que han producido también la materia prima con que se hace en gran parte la Historia. «The Nation» llamó la atención del público hace algún tiempo hacia un despacho de la «Prensa Asociada» en que se transcribía un suelto del periódico «Isvestia», de Junio 11, acerca de la política rusa, y anunciaba que el ejemplar del citado «Isvestia», de la misma fecha, hallado en la Librería Pública de Nueva York, no contenía ni rastros del artículo transcrito. Posiblemente el «Isvestia» en cuestión, vino a luz en la misma forma que ejemplares falsificados del «Pravda» ruso fueron puestos a circular en los Estados del Báltico y hasta introducidos clandestinamente en la misma Rusia Soviet. Estas ediciones falsas, llenas de propaganda antibolshevique, fueron preparadas en Londres y puestas en circulación — según afirma el «Daily Herald» — con la ayuda del gobierno inglés. Ya puede suponerse que tales falsificacio-

nes han sido la base de algunos de aquellos ingeniosos despachos procedentes del Báltico que comenzaban así: «Ejemplares del «Pravda» ruso aquí recibidos, dicen que...» Y, sin embargo, el mismo gobierno que no tuvo escrúpulos en contribuir a la circulación de un periódico ficticio, desplegó la mayor solicitud, en su reciente tratado de comercio con Rusia, en obtener la promesa formal del Gobierno Soviet, de que no esparciría propaganda anti-británica en el exterior. Parece que es bueno pellizcarle la oreja al oso, pero que no lo es el torcerle el rabo al león».

Los polacos en la Alta Silesia

Cualquiera que haya leído el artículo de Brailsford, publicado en nuestro tercer número (sección «Traducciones y Reproducciones»), tendrá idea del por qué del levantamiento polaco en la región de la Alta Silesia. Polonia ha resultado, como se ve, una buena discípula del imperialis-

mo francés: cuando el viento no sopla del lado suyo, tira de la bayoneta y hace las cosas a la tremenda. El cachorrillo polaco, criado a los pechos de la Entente, va a darle a ésta más de un disgusto, pues cada día se le aguzan más los colmillos. Pero... quien cría cuérvos no tiene derecho a quejarse de que le saquen los ojos. Bonito lío este de Silesia. Si las minas no se le dan a Polonia, malo, porque Polonia y los capitalistas franceses, acreedores de ella, armarán camorra inmediatamente. Y si se les dan a Polonia y no a Alemania, malo también, porque Alemania no podrá ni aún soñar en pagar.

Así, de ese calibre, son todos los tumores que le han salido, desde la guerra para acá, a los arúspices arregladores del mundo capitalista. Fijaos bien y veréis que siempre hay en el fondo de estos tumores una mina, o una cuestión de intereses. De lo cual parece deducirse que el capitalismo está sufriendo y pereciendo por *do más pesado había*, o sea, por su culto al dinero, por su sórdido afán de acumular.

ARTES Y VIDAS

EL ESPIRITU DE ROMA

Así se llama un libro que acaba de editarse en Inglaterra y acerca del cual hallamos en «The New Statesman», la siguiente reseña:

«Para el lector de los clásicos latinos, éste es un libro sutil y encantador, pues le lleva muy lejos de las pedanterías de los maestros que se engolfan en interpretaciones latinas y en asuntos de mera forma, para ponerlos ante la vida misma de los hombres, que escribieron tales obras y de sus ideas cuando escribieron de esto o de aquello. ¿Por qué fueron Horacio y Virgilio poetas cortesanos? ¿Pudieron ellos verdaderamente profesarle simpatías a Augusto, un excelente gobernante con muy pocos de los atractivos de Julio César? ¿Qué fué Cicerón además del gran orador de rigurosa etiqueta y del filósofo complaciente que le pidió a un historiador que estirase un poco la verdad al escribir sobre su famoso consulado? Cicerón habría sido un magnífico periodista y la conservación de sus cartas nos ha suministrado picantes comentarios acerca de sus ambiciones públicas. En su gran estilo de rigurosa etiqueta parece, casi al igual de un estadista no desconocido hoy, que estuviere contemplando su propia estatua erigida por subscripción pública. Pero hay otro Cicerón que no tiene *pose*, y que es genuino, egoísta, y algo tímido. La diferencia entre estos dos lados de su carácter nos la ilustra de un modo admirable Mr. Conway — el autor del libro en cuestión, — en los usos diversos del *nosotros* y del *yo*. El magnilocuente *nosotros* es el salvador de su patria, el autor presuntuoso y el marido cuya indiferencia creciente hacia su esposa llega en sus cartas hasta omitir las usuales expresiones cariñosas para encargarle muy especialmente que no se olvide de ponerle la palangana en el cuarto de baño. Ante Pompeyo él es casi siempre *yo*, porque lo reverenciaba como a un gran caudillo; ni se aventura tampoco a hacer uso del *nosotros* para César, a quien aborrecía mortalmente, pero a quien consideraba como un gran

hombre. Todo esto es humano y lleno de interés, aunque puede ocasionarle al lector fuertes sorpresas. Bruto, por ejemplo, no era la bella figura que Shakespeare nos ha descrito. Era un usurero en una escala tal, que dejaría satisfecho a un prestamista de Londres.

«Virgilio es, sin embargo, el principal interés del profesor Conway en este libro, y él trata a aquel extraño poeta moderno con una exquisitez atrayente, mientras tiene buen cuidado de no dejarse llevar de las ingeniosas perversidades de los eruditos a la moda. Nosotros acogemos cordialmente su fortísima convicción de que el niño que figura en la Eglóga Mesianica no era, por desgracia, un niño varón, sino la hija del emperador, Julia. El ha basado en la brillante obra de Skutseb una narración de la juventud de Virgilio y de su amigo Gallus, con referencias también a aquel apéndice de poemas que los eruditos segregaron, con harta prisa, del *corpus* de la obra virgiliana. Discutir la autenticidad de estos poemas exigiría un libro. Después de todo, según se echa de ver, mucho de su estilo es ampliamente virgiliano, y aquellos que hablan de exceso de decoración deben recordar el «Venus y Adonis» del joven Shakespeare. Este, Shakespeare, aparece en el libro como un frecuente utilizador de reminiscencias griegas, pero no le suponemos nosotros tan versado en Virgilio y Horacio como nos lo presenta el profesor Conway, aunque los paralelos suministrados son todos ingeniosos y dignos de consideración. Mucho se ha hablado de la erudición clásica de Shakespeare, habiendo innumerables opiniones de ambos lados, pero algunos años de estudio han llevado al crítico de hoy a la conclusión de que los conocimientos clásicos de Shakespeare dependían en su mayor parte de la existencia de traducciones y así el autor no supone que la frase «el numeroso mar color de carne», procedía de Horacio.

«Horacio, más que Virgilio, con sus extraños an-

helos de una remota playa y sus alusiones a una vida ulterior, fué el típico poeta laureado de la Paz de Augusto; y nada nos ha dado mayor satisfacción que la manera en que el profesor Conway aprecia su hábil y sabio patriotismo. Horacio *flirtó*. . . Nadie — nos atrevemos a afirmarlo, — pudo hacerlo mejor que él; y por eso algunos eruditos solemnes han supuesto que él nunca podía estar serio. Sí, era serio: era más, era esencialmente un caballero como lo hace constar el profesor Conway, y si él estuviera todavía vivo hoy, estaría satirizando en su estilo inimitable la vulgaridad que infeccionó la épo-

ca de Augusto y que no es desconocida en la más reciente época georgiana (de Lloyd George). Si el patriotismo puede enseñarse con ejemplos, el espíritu de Roma es algo digno de recordarse. . . el mejor espíritu, quiero decir, pues ha habido hombres de gran reputación en el mundo que han impuesto su idea predominante para desgracia y ruina de su país. *Delenda est Cartago*, fué el grito constante de Catón, pero fué también, como lo indica el profesor Conway, el impulso que condujo a «aquella política de imperialismo militar que iba pronto a destruir la libertad del mismo pueblo romano».

AUGUSTO RODIN ERA UN REBELDE

por Horacio Brodzky

(De «*The Call Magazine*».)

Hasta el último instante, Rodín, el gran escultor, fué un rebelde. Fué un rebelde hasta en su vejez. Cuando un artista, y especialmente un escultor, exhibe el desnudo, el hombre de la calle piensa, como el médico: «¿Será lo mismo que mi cuerpo?».

Tan pronto como su mente piensan de este modo, toda esperanza de una genuina sensación estética se desvanece.

Si uno especula sobre si es igual o no al cuerpo humano, uno se convierte meramente en un cientista, en un anatomista, y un anatomista debe buscar el laboratorio, o la escuela de medicina, donde podrá encontrar mapas y diseños precisos del cuerpo humano.

Un conocimiento de medicina no os ayudará en lo más mínimo a entender de arte. . . a menos que no podáis por el momento echar a un lado este vuestro conocimiento de los huesos y los músculos.

Decidle adiós a la ciencia, e id a buscar a Rodín, el rebelde, que conocía su anatomía al dedillo, pero que tenía el buen sentido de tirarla fuera del estudio cuando lo creía conveniente.

Sí; id a Rodín!

Rodín era un rebelde y su vida toda fué una sucesión de repulsas. Comenzando por su «El hombre de la nariz rota», Rodín recibió numerosas condenaciones de parte del oficialismo inglés.

Su «Pensador» fué condenado por Max Nordau. El erudito doctor censuró «las salchichas» que, según él, tenía en la espalda la pensativa figura. Nordau es un cientista y, permitió que sus conocimientos de medicina intervinieran en su apreciación de la obra de arte. Nunca se detuvo a considerar que él estaba contemplando «El pensador» de Rodín con ojos de médico.

La ciencia no tiene nada que ver con el arte. Desde luego que «El pensador» es anatómicamente imposible, y esto sucede con otras muchas obras de este escultor, y de otros artistas también.

En el «Museo Metropolitano de Arte» os encontraréis con una galería de Rodins: mármoles, bronce, formas en yeso y diseños. Estos trabajos os demostrarán lo mucho que conocía la anatomía del cuerpo humano.

Este conocimiento, sin embargo, que él poseía, no le llevó a hacer imitaciones serviles de la naturaleza. Rodín no tenía necesidad de simular la figura humana. Él hizo algo infinitamente más bello. *Creó* en el bronce y en el mármol.

Es un hecho que si tomamos un molde del cuerpo humano o de una cabeza viva, aparecerá como muerta. Una cabeza hecha de este modo nunca será igual a la persona de donde se tomó. Cualquiera buen escultor sabe esto. Por eso es que cuando un pintor o escultor crea una bella obra de arte es más que probable que ésta discrepe de la naturaleza. El acentuará y exagerará, no porque crea que puede mejorar la naturaleza, sino porque ello le es absolutamente necesario a él. Tal exageración en las manos de un maestro, es una verdad, Será como la naturaleza en cuanto que el espectador podrá reconocer en ella lo que se ha querido reproducir. Mientras más se aleje del natural, o sea menos representativa, más probable es que tenga un genuino valor estético.

La obra de Rodín es así. Él se ha rebelado contra la tradición, contra las finuras académicas y las acariciantes cualidades de la escultura griega. Luchó contra la bonitura de su tiempo. Se rebeló contra la escultura de las escuelas de medicina. Se tomó libertades con sus sujetos, porque encontró que este era el único medio de expresarse a sí mismo completamente.

Contemplad el «Pensador». Ahí está, pegado a su asiento de roca. Un puño semejante a un gran martillo se incrusta en su hinchada y protuberante boca. Mirad su otra garra descansando sobre la rodilla. Este hombre no tiene frente. La espalda de su cabeza es plana y su cuello es el de un toro. Todo él es músculo y está tratando de pensar. Quizás si está pensando. Es un bruto, todo torso, y gradualmente va llegando a la plena conciencia.

No era necesario aquí ningún título. Se *siente* que esta masa de humanidad piensa, o trata de pensar.

No es de extrañar que Nordau se burlara de esta obra. El bruto con su espalda de embutido le turbaba y asombraba. El protestó de esta exageración

y brutalización del hombre. Si no logró nada más Rodín, al menos hizo pensar a Nordau.

Pero es en su «Adán», su «Eva» (bronce de 1881), su «Eva» (mármol) y su «Mártir» (bronce), que vemos al verdadero rebelde.

«Mártir» es una reclinada figura femenina completamente desnuda. Está apoyada sobre su lado izquierdo, muerta. Los puños están apretados con el crispamiento de la muerte. Es como la naturaleza, pero cuán diferente; pero, otra vez, cuán convincente! Ningún título ni leyenda era necesario aquí tampoco. Rodín obtiene sus efectos por su extraño arreglo de miembros y de superficies anatómicas. No, esto no es «bello», en el sentido corriente de la palabra. Quizás las piernas de uno no podrían moverse así, pero ello no es una excusa para que el escultor no haga lo que le plazca.

El mármol «Eva» es la madre de la raza. Es pequeña y gorda. Seguramente que no agradaría nada esta figura al escultor académico. Las piernas, muslos, y antebrazo están fuera de proporción y la cabeza queda oculta en una masa de mármol sin pulir. Una hermosa espalda está, por desgracia, demasiado cerca de la pared para apreciarla debidamente. Del talle a los senos y más arriba, las formas son suaves. Una mano absurdamente grande esconde aquella parte del mármol no trabajado en que debería estar la cara.

Rodín estaba expresando a «la madre potencial». La Eva romántica de la Biblia no le interesaba. Él creó una verdadera Eva Madre, con un antebrazo fuerte como el de un pugilista, sin los grandes músculos fuertemente acentuados.

Y ahora contemplad su «Adán», el Padre.

Este no es el hombre que parecería bien con una chistera, un cuello almidonado y un traje de corte irreprochable; pero puede arar la tierra y procrear una familia. Es una combinación de músculos. Es despierto, ágil, con su anatomía superficial y exagerada. La mano derecha tendida y señalando, es por sí sola, digna de estudio, pero ningún médico la consideraría como una mano. Es más que eso

Ahora mirad su «Edad del Bronce». Esta está tratada enteramente diferente de sus «Eva», «Adán», «El Pensador» o «Mártir». Esta es francamente representativa. Es muy parecida a la vida; realmente, es a tal punto como la vida, que fué rechazada por esta razón solamente. Rodín, para demostrar que no había sido moldeada sobre la figura viva (que fué la acusación de sus críticos) hizo otra, como réplica, ligeramente más grande que la vida.

En esta obra Rodín obtuvo su efecto sin «voluntarias contorsiones»; lo obtuvo mediante otros recursos técnicos.

Rodín fué un rebelde toda su vida. Sufrió a manos de la ignorancia, de las envidias y del oficialismo, y sus obras eran rechazadas continuamente. A despecho de los obstáculos, siguió por el camino que había escogido. Aunque era un ardiente admirador de una legión de artistas que había pasado antes que él, Rodín no los emuló en ningún sentido. Él tenía algo personal que decir y en una forma nueva. Esta forma nueva no era del gusto de los oficiales académicos conservadores que privaban en los salones.

Pero él tuvo valor para continuar trabajando a su manera.

Su «Balzac», al que sus detractores le pusieron el sobrenombre de «El hombre dentro del saco», es probablemente su obra maestra. Esta obra fué también rechazada, y se explica. Era revolucionaria en cuanto a tratamiento del motivo. He aquí a un hombre de aspecto estafalario, de elevada estatura y vestido con su bata de trabajo (de ahí viene lo del saco). Está inclinado como si fuese a dar un paso adelante. Pero no es bonito. No es suave y pulido, aunque es inmenso. ¡Qué austero es! ¡Qué monumental es!

Rodín podía ser poético, también, como en su «Eterna Primavera», su «Cupido y Psiquis» y su «Orfeo y Euridice». Hasta en éstos es rebelde. Ved cuán poco convencional es en su agrupamiento y en la combinación general de todo su plan. Su originalidad parece no reconocer obstáculos.

El podía cincelar el retrato de una mujer de forma exquisita, y, también, el de un hombre. Él podía hacer retratos. Era versátil. Ved sus dibujos!

Rodín fué también un pintor, aunque este hecho no es generalmente conocido. Hay que ir a París para ver este aspecto de su arte. Sin embargo, si váis al «Museo Metropolitano de Arte», en Nueva York, veréis sus esculturas y dibujos, y si vagáis por entre las esculturas de los otros, — americanos y extranjeros, — veréis inmediatamente cuán diferente y vital es Rodín. Luego volveréis a contemplar sus obras y os maravillará su enorme audacia.

Admiraréis su espíritu rebelde. Entenderéis también fácilmente las razones para la oposición que él encontró constantemente. Pues, ¿no estaba él perturbando la apacible comodidad del arte francés oficial? Pero un rebelde no puede siempre pensar en la comodidad de los otros.

LA CARICATURA MUNDIAL



LA ORACION DE JOHN BULL:

«Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdónamos a nuestros deudores».

(Mientras Inglaterra le ruega al Tío Sam que le perdone sus deudas, está a punto de estrangular a Alemania en cobro de las suyas). (Del «Kikeriki», Viena).

Política Educativa

Por JULIO R. BARCOS

VUESTROS HIJOS NECESITAN ESCUELAS SIN DOGMAS OFICIALES

Primer Soviet de la Educación

Se me ocurre una iniciativa bella y útil en favor de la cultura proletaria, para celebrar dignamente, no sólo con verbalismos oratorios, sino con *obras de construcción revolucionaria* el más grande y hermoso de los acontecimientos obreros que se habrían producido en el país: la próxima unificación del proletariado.

Me anticipo a los hechos, descontando el éxito del Congreso Pro Unificación, por un acto de fe revolucionaria que deposito en el buen sentido profundamente «realista» de la clase trabajadora, cada día en más sensata y franca oposición al diletantismo romántico de aquellos revolucionarios «abstractos» que repudian la revolución «concreta», sin caer en la cuenta de que, por ser «fieles» a las fórmulas empíricas de las doctrinas, son traidores a la causa viva de la Revolución cuando ha sido ella desencadenada sobre el capitalismo mundial.

Mucho ha crecido la cultura obrera en los últimos cuatro años, y la considero en plena madurez de su juicio en lo que respecta a sus verdaderos intereses de clase para no quedarse rezagada, paralizada en discusiones fútiles como los conejos de la fábula, disputando si son galgos o podencos, mientras los mastines del burgués, en forma de esbirros, cárceles, ligas blancas y feroces atropellos coaligados en una sola fuerza caen en forma de los más afrentosos azotes sobre las espaldas de los trabajadores libertarios.

Tiempo es ya de acabar con los ultrajes y las infames persecuciones de que la gauchocrática burguesía argentina hace víctima a los hombres honrados que emiten libremente su pensamiento.

¿Quién será capaz de sujetar el brazo criminal que nos azota?

Solamente el proletariado unificado en una fuerte e invencible organización sindical roja. Entonces veremos si la actual fanfarronería autocrática del burgués persiste en mantener la ley sin ley del garrote.

Descuento el éxito, repito, del próximo Congreso Unificador y en vez de romperme las manos batiendo palmas para celebrar entusiasmado tan fausto suceso, propongo desde la barra, con tiempo para que se vaya meditando sobre el asunto, que se lleve a cabo por voluntad del Congreso la formación de un Consejo Obrero General de Educación, con asiento en la Capital Federal, para fundar no menos de 40 o 50 escuelas destinadas a los hijos de los trabajadores, en los lugares y con los estudios más adecuados para tales fines.

He aquí, a grandes trazos, las razones fundamentales que servirían de base a este proyecto:

II

Actualmente hay en la República Argentina, según cálculos oficiales, alrededor de 8.000 maestros sin ocupación. Sólo en Buenos Aires se calcula que habrá no menos de 3.000 jóvenes de ambos sexos egresados de las escuelas normales que desde hace tres años no consiguen puesto. No hay que esperar que los «doctores en patriotismo», que dejan anualmente unos 800.000 niños sin instrucción, (lo que hasta cierto punto es preferible a educarlos en la obediencia, el nacionalismo y el parasitismo), sean capaces de conjurar esta crisis. Al contrario, de año en año crecerá este nuevo proletariado sin ocupación del magisterio. Mientras tanto, los dirigentes de la enseñanza primaria aprietan el torniquete del más estúpido autocratismo reaccionario en las escuelas públicas. Hoy no hay capilla más sectaria, más inquisitorial de la conciencia infantil que esa capilla del odio burgués hacia las luces redentoras de esta nueva civilización naciente, que se llama escuela pública del Estado.

Aparte de su estupidez sectaria, que no deja de producir un certero envenenamiento moral en el alma de los niños, aún de aquellos que provienen de hogares libertarios, la escuela primaria argentina está fosilizada en moldes arcaicos de donde no pueden obtenerse sino resultados de una absoluta esterilidad social.

¿Qué gran oportunidad nos brindan las circunstancias excepcionales del ambiente para ensayar en el campo educacional el sistema de las instituciones libres del comunismo, nacidas por obra y gracia del inteligente esfuerzo creador de los trabajadores!

Esos maestros, todavía no uncidos al carro de la escuela estatal, no vestidos con la librea burocrática del oficialismo, no domesticados por las disciplinas cuarteleras de las autoridades escolares ni embrutecidos por los años de rutina del ejercicio profesional, son elementos preciosos que nos hacen falta a los cientos de miles de hombres que estamos labrando un nuevo mundo, libando un nuevo panal de luz y de amor para las generaciones que vienen detrás nuestro, las cuales encontrarán, gracias a nuestra acción, la futura colmena social libre de zánganos; esos jóvenes maestros, nos hacen falta, repito, para crear con ellos el mayor número posible de escuelas racionalistas que se adapten a los cambios de la vida social moderna, que en vez de ser instrumentos de coacción mental y parasitismo, lo sean de libertad y de trabajo.

Esos jóvenes maestros puestos en contacto con la masa productora, convertidos en servidores di-

rectos y libres del pueblo en vez de alquilarse al Estado, ganarán, a su vez, increíblemente en aptitudes docentes y en esclarecimiento mental para ser los agentes conscientes y eficientes de la nueva cultura libertaria que ya empieza a impregnar el ambiente argentino. Yo tengo que declararme, por mi parte, discípulo de las masas obreras donde si algunas veces actué como maestro, muchas más aprendí a interpretar hondamente los problemas humanos y a realizar el más difícil de los oficios: el de ser hombre.

III

¿Cómo llevar a cabo tan bella y saludable empresa?

Ahí van algunas ideas concretas a las que sumariánse aquellas otras nacidas de la iniciativa común si el proyecto fuese acogido favorablemente.

Creo que bastaría como capital inicial el que se arbitrara de inmediato acordando en el próximo Congreso (por voluntad previa de los gremios), dedicar «medio jornal», como cuota única, por cada obrero confederado, según el censo sindical que resulte una vez hecha la unificación, lo cual sumaría muchos cientos de miles de pesos.

Designar un Consejo Obrero General de Educación integrado con algunos expertos de la enseñanza para que organice, administre y dirija las escuelas a crearse.

Estas escuelas pueden ser elementales o técnico-prácticas, según las necesidades y circunstancias del lugar donde funcionen.

En la Capital podrían fundarse dos grandes escuelas del tipo económico-industrial moderno, de las llamadas Escuelas Gary en los Estados Unidos. Se buscarían edificios relativamente adecuados; muy

grandes, con capacidad para talleres y aulas, si es posible con un «auditorium» (sala de actos públicos) donde puedan concurrir de 1.500 a 2.000 niños diariamente en tres turnos diferentes, mañana, tarde y noche.

Se podría establecer los «sábados comunistas» para aquellos que quisieran trabajar en pro de la misma obra. Los domingos y otros días feriados constituirían el «día social» de los familiares, a fin de crear vínculos efectivos de sociabilidad entre los elementos proletarios. Al mismo tiempo que estos días fueran consagrados a expansiones recreativas como el baile, la música, las representaciones teatrales, el cine, etc., podrán aprovecharse como actos educativos, con lecturas, conferencias y narraciones de efectos culturales. Cada una de estas escuelas, verdaderas casas del pueblo, convertiríase gradualmente en una Universidad Social de los Trabajadores. En estas universidades se prepararían oradores, conferencistas y expertos en el arte de organizar las nuevas instituciones económicas del comunismo.

Las otras escuelas aunque imbuídas del mismo espíritu, serían más pequeñas y con un plan de estudios más elemental.

El ideal sería crear una red de escuelas de esta clase extendida por todo el país para que sus beneficios alcanzaran a todo el proletariado.

El sostenimiento de las mismas podría arbitrarse con los siguientes recursos: con lo que produzca el trabajo de los alumnos; con la contribución mínima de los padres; con la contribución ocasional de los gremios o particulares, y con lo que produzcan los actos públicos organizados para tales fines.

Comprendo que la explicación amplia de este proyecto requeriría el espacio de un panfleto o de una sesuda conferencia, pero para la comprensión de las líneas generales, y del alcance social que podría tener este primer soviét de la enseñanza en el país, creo que basta por hoy con lo que dejo dicho.

LO QUE HACEN LOS TRABAJADORES MEXICANOS EN PRO DE LA CULTURA PROLETARIA

Méjico está procediendo con toda rapidez a la desmovilización de su ejército y dedicando las enormes sumas que otras naciones invierten en armamentos a una intensa labor educativa.

Un magazine comunista internacional publicado en dicho país — «Gale's International Monthly», — nos dice además que «La Confederación Regional Obrera Mexicana» acaba de evidenciar su inclinación a la izquierda inaugurando una institución para la enseñanza de las ciencias sociales cuyo edificio se alza en la calle de Belisario Domínguez.

Este plantel ha sido calcado en la Rand School de Nueva York y está mantenido por las rentas de la Federación de Sindicatos del Distrito Federal, la

que a su vez es una rama de la Confederación R. O. M. Las materias incluidas en el plan de estudios hasta ahora son: Español, Inglés, Aritmética, Historia, Fisiología, Música, Baile y Comunismo.

Se tiene el propósito de establecer escuelas de esta clase en todo el país, echando así las bases de una educación científica y libertaria en Méjico. José Vasconcelos, Ministro de Educación y rector de la Universidad Nacional, está, a su vez, empeñado en iniciar un nuevo sistema educacional que abarque la enseñanza de las ciencias económico-políticas y del socialismo. Hace poco se establecieron con este fin, dos nuevas cátedras en la misma Universidad».

EPISODIOS DEL CONFLICTO ESTUDIANTIL DE LA PLATA

La intervención policial en el pleito de honor y de principios sustentado bizarramente por los estudiantes del Colegio Nacional de La Plata contra el autocratismo torpe y bajuno del Consejo Superior Universitario, quien ha dejado en el tarro de basura su autoridad moral, dió margen a infinidad de escenas pintorescas, donde los rebeldes muchachos que se habían apoderado del colegio, demostraron ser más hombres de integridad que muchos de sus profesores y de algunos padres.

En efecto, el día en que el famoso juez Zavalia ordenó sitiar con un verdadero ejército de polizontes el edificio del Colegio, como si se tratara de batir a una banda de Pancho Villa, acudieron muchísimos padres de los sitiados a eso de las 21 y 30 e incitados por el juez, se agolparon en masa a las verjas del edificio ofreciendo un espectáculo patético al rogar a sus hijos que abandonaran el local del Colegio.

Inútiles fueron los ruegos y las lágrimas de las madres allí presentes, lo mismo que las exigencias autoritarias de algunos padres para imponer a sus hijos la obediencia.

Mientras se desarrollaba esta triste escena (hubieron madres que enternecieron con sus lágrimas y desmayos a sus hijos), la policía, que se sirviera de ellos como de carnada para tomar presos a los rebeldes, distribuía en tanto, sus agentes ocultamente en los jardines de la casa.

Pero los muchachos, no se dejaron intimidar por las amenazas ni inmutar por las lágrimas, y muchos de ellos contestaron a los autores de sus días que no hicieran el papel ridículo que estaban haciendo; que no les aconsejaran la claudicación y la cobardía, sino la dignidad y la altivez para no abandonar el puesto de honor que estaban ocupando.

No todos los padres se dejaron explotar en su sentimiento por esta treta policial. Algunos allí presentes dieron contestaciones dignas de un padre que sabe enorgullecerse de la entereza moral de sus hijos, sin la cual un hombre no es un hombre, sino un polichinela.

Uno de ellos replicó al oficial de policía que lo invitaba a hacer salir a su hijo: — No sea usted estúpido y no me venga a pedir que yo pierda ante mi hijo el honorable concepto que él debe tener de su padre. ¿Está acusado, acaso, de algún delito común, robo, estafa o crimen? No. Está acusado de defender una causa que yo considero altamente patriótica. Pues que afronte las responsabilidades no como un niño, sino como un hombre.

Otro padre, díjole al juez: — Prefiero ver a mi hijo muerto antes que traidor a la causa de sus compañeros y de su director. — No contento con esto, aconsejóles de viva voz a los muchachos que se mantuvieran firmes en su puesto de combate. Consuela saber que hay padres que saben serlo espiritualmente.

Fracasada la escaramuza del famoso juez Zavalia (a quien debe levantársele por suscripción pública una estatua), se retiraron los padres compungi-

dos y avergonzados ante la lección de moral que recibieron de sus hijos.

Esa misma noche les cortaron a los sitiados la luz eléctrica y la comunicación telefónica; el agua, el gas y los víveres se terminaron a su vez. La situación era harto crítica, pero el espíritu de los veintitantos guardias rojos no decayó un instante. Llenos de jovialidad, entre chiste y chiste, los muchachos construyeron barricadas en las puertas y escaleras del Colegio, haciendo guardia no interrumpida ni en el día ni en la noche.

Por fin, a las 4 de la mañana, después de tres días de hambre y sed, la experta guardia notó un extraordinario movimiento de las fuerzas policiales (casi doscientos hombres para prender a dos docenas de estudiantes), comprobó que era un preludio del ataque, al observar la llegada de un pelotón de guardia cárceles, otro de guardia de seguridad y el cuerpo de bomberos.

A las 6, con suma cautela, por no decir con mucho miedo, pues creían encontrarse con doscientos hombres armados, según declaraciones posteriores de ellos mismos, forzaron una puerta. Los muchachos en tono de desafío y con una espléndida serenidad los recibieron, cantando el himno de los trabajadores: «Hijos del Pueblo».

Cuando los policiales ordenaron la requisa, los muchachos continuaron cantando a pesar de ser intimidados varias veces con amagos de machetes desenvainados y revólver en mano, de que si no se callaban, se los apalcaría.

Concluida la requisa, fueron conducidos al Departamento de Policía, custodiando dos cosacos a cada muchacho. Una hora después fueron trasladados al cuerpo de bomberos, donde se les trató bastante correctamente. Luego fueron llamados a declarar. Todos se negaron rotundamente a hacerlo, porque no creían que tal asunto le incumbiera a ningún tribunal extraño a la enseñanza. Uno de ellos fué incomunicado por 30 horas, porque se le suponía el cabecilla del grupo «sedicioso».

Al día siguiente los detenidos fueron pasados al pabellón número 4, en donde hay 150 condenados aunque no definitivamente, a diez y veinte años de prisión (soberbio modo de corregir moralmente a los educandos). Finalmente fueron llamados a escuchar la sentencia del juez. Leída ésta produjo entre los sentenciados la algazara que podría producir una de los mejores bufonadas de Parravicini. Al oír que se condenaba a *pagar mil pesos y la pena correspondiente* a cada uno de los sediciosos, una espontánea, estridente carcajada dejó lelos al juez, los tinterillos y los espectadores. Dos días después fueron conducidos al pabellón número 5, que lo titulaban de «distinguidos», en el que permanecieron 3 días más. Nunca hubo detenidos más ruidosos y alegres en aquel Departamento de Policía. Por la noche los muchachos cantaban hasta agotar su repertorio de canciones revolucionarias. La quinta noche, a las 24, fueron sorprendidos por el alcaide que venía a exigirles que se callaran o de lo contrario los mandaría a los calabozos del sótano. Ante este

desplante de autoridad, los rebeldes contestaron entonando el popular canto: «Milonguita». El señor Alcaide no logró hacerse el ogro, y se retiró burlado y enfurecido.

Al sexto día se decretó la *excarcelación bajo fianza para los sediciosos*. En quince coches salieron «los delincuentes» acompañados de los camaradas que los

esperaban en la puerta del Departamento, y recorrieron triunfalmente la ciudad, entonando alegres cantos, vítores y hurras.

¡Se han lucido los consejeros de la Universidad, el juez Zavalia y los padres autoritarios!

Los felicitamos.

LA HUELGA DE LOS MAESTROS SANTAFECINOS

Debe ser apoyada por todo el magisterio honrado del país

¿Por qué se han declarado en huelga los maestros de la provincia de Santa Fe? Pues, por casi nada; por una bicoca: porque el gobierno de esa provincia les adeuda 16 meses de sueldos. No es necesario gastar muchas palabras en comentar un hecho que aún a los más cascarudos conservadores ha tenido que conmoverlos por la fuerza. ¡Diez y seis meses de hambre...! He ahí, ¡oh, inconscientes, infantiles mujeres y crédulos hombres que os dedicáis a la enseñanza, en lo que se traduce la famosa cantata de vuestros amos llamándoos *apóstoles* y haciéndoos mendigos!

Diez y seis meses de forzada abstinencia, es más que lo ayunó Jesucristo para santificar su carne y es más que lo que pueden soportar los fakires de las Indias Orientales, cuyo sueño letárgico nunca excedede los noventa días, según tenemos entendido.

Los maestros santafecinos deben estar, por consiguiente, en olor de santidad después de haber tenido la resignación y la paciencia, dignas de un fakir, para vivir un año y cuatro meses, o sea 485 días sin cobrar el sueldo.

Y todavía hay fariseos desde la prensa ultramontana que se permiten aconsejar a los maestros que no deshonren su apostolado apelando al recurso de la huelga, porque ella es incompatible con el sagrado ministerio de la educación.

Pero los maestros santafecinos hace ya algún tiempo que se han asomado al mundo de la realidad social y han comprendido por fin, su verdadera posición de clase asalariada, descubriendo que su carne es también carne de cañón como la de cualquier otro trabajador y que su causa no puede ser otra, por consiguiente, que la grandiosa causa del proletariado. Procediendo consecuentemente con esta noble convicción, la Federación Provincial de Maestros, no vaciló en concurrir como gremio sindical revolucionario al Congreso Provincial Obrero, que con tan brillante éxito se celebró recientemente en la ciudad del Rosario. La prensa barrigona se escandalizó, como es natural. Los maestros replicaron entonces en un hermoso manifiesto y también en un corto pero sustancioso artículo de su periódico «*Simientos*», que transcribimos por separado, para que el lector pueda apreciar el alto grado de conciencia que caracteriza a los directores del movimiento.

Una vez dado el primer paso, había que dar el segundo, que era adoptar sin remilgos ni beaterías

ridículas, el mismo método de lucha de los trabajadores para notificar a los poderes públicos de que su paciencia se había acabado: que, o se les paga sus haberes, se sanciona la ley de sueldos y escalafón que involucra el mejoramiento de las condiciones económicas del magisterio provincial, o no concurren a la escuela. No puede alegar el P. E. de dicha provincia, en su defensa, que el magisterio no haya agotado todos los recursos pacíficos para evitar el conflicto. Hace cinco meses que emplazan al gobierno de tiempo en tiempo a que solucione el problema. Pero, el eterno cáncer del politiquerismo idiota que domina en aquélla como en todas las provincias argentinas, que ha dividido en bandos opositores a la legislatura y el poder ejecutivo, ha tratado de especular con la causa de los maestros, tratando de atraérselos e inculpándose los unos a los otros. Afortunadamente la Convención Provincial que declaró la huelga ha sabido hacer bien las cosas, prescindiendo en absoluto de todas las maniobras y triquiñuelas de la política. Al declarar la huelga no se entra en el análisis de quiénes son los responsables: se exige, simplemente, a la entidad gobierno que cumpla con su deber.

Otra nota simpática que dan los huelguistas, es la declaración hecha a los padres de sus alumnos, de que para demostrar que ellos no atentan contra la enseñanza al apelar a la huelga, se comprometen a continuar dando clases en los locales obreros o de las sociedades populares que se ofrezcan para tales fines.

Los maestros contarán esta vez con el apoyo moral de la opinión pública en gran parte y con la solidaridad, en casos extremos, de la Federación Provincial Obrera, y también de los estudiantes, habiéndose ofrecido éstos últimos, para secundar el movimiento como saben ellos hacerlo.

Y el resto del magisterio organizado aquí en Buenos Aires, ¿qué hará por la causa de sus colegas?

Hemos oído hablar de una tal «Confederación Nacional del Magisterio». ¿Qué clase de organismo sindical es ese? ¿Qué hace? ¿Para qué sirve? ¿A qué sexo pertenece? ¿Tiene algún ideal social de la educación y por consiguiente de solidaridad gremial dentro del profesorado? ¿Es una colectividad de gentes idealistas, dinámicas y luchadoras, o es un simple rebaño de infelices? ¿Es una cosa viva, o es un lienzo pintado? ¡Lo veremos!...

EL MAGISTERIO Y LOS OBREROS

(De «Simientes», Rosario).

Por primera vez el magisterio intervendrá en un congreso obrero. El hecho ha producido sensación en los círculos burgueses, y por intermedio de su prensa reeditan, aplicándolos a los maestros, todos los calificativos de la excomunión social: rebeldes, maximalistas, antipatriotas, anarquistas, etc... con que en su miedo egoísta y ciego tratan de defenderse de imaginarios peligros.

El corresponsal de «La Razón» hace de portavoz de los excomulgadores, y pregunta: «¿Qué lleva a los maestros a hacerse representar en los congresos obreros?»

«No podemos explicarnos la causa», agrega. No tenemos interés en que den con la explicación y nos justifiquen.

Sabemos perfectamente cuál es nuestro móvil determinante y nos basta.

Nos hemos agregado a las filas del proletariado por comunidad de intereses y de ideales y por el mismo anhelo de justicia reivindicativa.

No nos asusta la excomunión y aceptamos el cartel de herejía que nos cataloga de revolucionarios. Ser revolucionario para combatir la iniquidad, es ser hombre de bien.

El antiguo maestro, cómplice servil de quienes lo hacían su primera víctima, debe desaparecer, para ser reemplazado por el maestro de conciencia y altivez que no tolera la injusticia ni para sí, ni para los demás.

El maestro es el culpable de que se haya perpetrado la iniquidad; formaba conciencias de acuerdo al padrón que le imponían; defendía el error y la mentira y los transmitía a los niños como verdades inalienables, ayudando, sin darse cuenta, a torcer la cuerda con que lo ahorcarían; creía paladinamente que defender a una clase era ser patriota; no alcanzando a comprender que la patria no la constituyen los parásitos que en el reparto de los bienes sociales se han adjudicado la parte del león.

Hoy los maestros hemos abierto los ojos y vemos de qué lado está la justicia, nos hermanamos con el proletariado y nos reimos de los aspavientos de escándalo de la burguesía; comprendemos la comedia que representa y no la tomamos por realidad; no somos ya esclavos de las grandes palabras con que otrora nos asustaron; a las palabras las ajustamos a los hechos, y, con criterio positivo haremos patria poniéndonos de lado de los que la forman en realidad: de los productores.

Hacemos, además, obra de auto-defensa al unirnos con los obreros; sólo con la ayuda de ellos podremos salir de nuestra condición de parias.

Los delegados de la «Federación Provincial de Maestros» han ido al Congreso Obrero para contribuir a realizar la gran obra de redención de la humanidad doliente, dejando de ser puntal de los privilegios de la clase adinerada.

Figuras del proscenio

ALVARO OBREGON: EL PRESIDENTE MAS AVANZADO DE AMERICA

En la revista americana «The Nation», cuya fama de imparcialidad y alteza de miras — cosas raras dentro del periodismo americano, — se extiende cada vez más, encontramos un interesante artículo acerca del estado actual de Méjico, del cual vamos a entresacar algunas notas que nos darán idea de la verdadera personalidad del actual presidente, Alvaro Obregón. El artículo es fruto de un concienzudo estudio del país, llevado a cabo por el ilustre periodista Paul Hanna, corresponsal en Washington de la agencia de noticias «Federated Press», quien hace poco fué a Méjico encargado por «The Nation» de la misión de practicar una investigación completa de las actuaciones y planes del nuevo gobierno.

La noble actitud de la citada revista al denunciar los atropellos cometidos en Haití y Santo Domingo por el gobierno de Wilson y la valiente campaña que aún sostiene en pro de la liberación de dichas repúblicas de las garras voraces del imperialismo yanqui, nos parecen la mejor garantía de su buena

fe al informarnos ahora de los actos y propósitos del sucesor de Carranza.

Empieza Paul Hanna por declarar que Méjico ha puesto su casa en orden, y hace resaltar el contraste entre el Méjico de hoy y el Méjico de Porfirio Díaz. «Los actuales líderes de Méjico son realistas. Ellos saben que un gobierno aprobado en absoluto por su propio pueblo, puede ser atacado y destruido desde fuera, porque no responde al gusto de las potencias extranjeras. Ellos recuerdan que bajo Porfirio Díaz Méjico tenía un gobierno que satisfacía plenamente al mundo exterior, aunque era completamente desastroso para las masas mejicanas. Pero ellos no están dispuestos a comprar, a costa de la felicidad y prosperidad de su país — como hizo Díaz, — el beneplácito y reconocimiento de los extranjeros». Y más adelante el articulista nos dice: «Yo he visto más democracia política en Méjico, que la que puede existir hoy en cualquier otra parte del mundo. Los edificios públicos están puestos a disposición de cualquiera secta o facción, por pequeña que sea,

numéricamente, cuyos oradores deseen alabar o atacar al gobierno, demandar nuevos métodos de contribuciones o impugnar el honor personal de los miembros del gabinete. Si leéis los diferentes diarios de Méjico, encontraréis que el ministerio contiene aquí un bolsheviqui y allá un «científico» de los de Díaz. Los obreros marchan en manifestación por las calles principales, tremolando banderas rojas, cada vez que se ofrece ocasión para ello, y nunca les molestan las autoridades. La iglesia católica y la Federación Obrera, han llevado a cabo una serie de debates en los teatros más concurridos acerca del problema de si el régimen proletario sería o no el más justo y deseable. La libertad de los obreros para organizarse, para hacer propaganda y para declarar huelgas, no reconoce límites. Muchas de sus actividades se verifican en magníficos edificios donados por el gobierno. Todas sus gestiones para implantar instituciones escolares independientes, gozan de subsidios semioficiales. Sus líderes veteranos ocupan puestos tales como el de Director de las Factorías del Gobierno y Director de las Imprentas Oficiales. Libros sobre asuntos económicos deseados e indicados al efecto por los obreros, han sido traducidos al español e impresos a expensas del gobierno, de igual modo que otras obras de cultura general o de interés científico, han sido editadas para otras clases de la población. La educación pública está en gran parte, bajo los auspicios de la Universidad Nacional, cuyo distinguido director, doctor José Vasconcelos, entrará en breve en el gabinete como Jefe del Departamento de Educación Pública, para el cual se ha votado una asignación de 25.000.000 de pesos. El programa de este Departamento tiende a establecer una escuela pública y una biblioteca al alcance de cada uno de los niños de la república. Centenares de estas escuelas han sido abiertas durante los últimos seis meses.

Cuanto al presidente Obregón, Paul Hanna hace constar que no es bolsheviqui. «No es comunista, ni siquiera socialista el general Alvaro Obregón. Es un demócrata sincero del tipo jeffersoniano. En su última campaña fué apoyado por el Partido Obrero Mejicano (que incluye algunos grupos socialistas, al estilo inglés, y por la Federación Obrera Mexicana».

«Cuando yo llegué a Méjico, — sigue diciendo el articulista, — todos estos grupos declaraban unánimemente que Obregón había realizado sus más altas esperanzas. Cuando el verano pasado ellos endosaron a su candidatura, las diferentes asociaciones obreras, establecieron condiciones específicas que Obregón aceptó. A su candidato para presidente le manifestaron sin rodeos: Os exigimos que nos protejáis en la adquisición de estos derechos: completa libertad de palabra, de prensa y de reunión; completa libertad para organizarnos, establecer escuelas y declarar huelgas; plena protección de las leyes en todos los demás esfuerzos de la clase obrera tendientes a mejorar su condición. El general Obregón no rompió ningún precedente cuando suscribió estos principios. Innumerables líderes los habían aceptado antes que él, traicionándolos después. Yo deseaba que alguien me explicara por qué se le dispensaba confianza tan especial a Obregón. Y Luis

Morones, el padre del movimiento obrero mejicano, que Carranza había destruído totalmente, me dió una razón que yo no esperaba: Díjome él:

«Cuando estábamos en la situación más terrible por que hemos atravesado, yo y otros dos obreros fuimos una noche a casa de Obregón. Le dijimos que Carranza no podía tolerarse por más tiempo; que no quedaría ni un resto de libertad en el país si no se le derribaba. Obregón nos escuchó y admitió que nuestros cargos eran ciertos. — «Pero yo no puedo hacerle traición a Carranza, ni a nadie con quien me haya asociado», — replicó. «Yo no acudiría una revolución contra su gobierno». Y así Obregón permaneció pasivo en su casa hasta que las tropas de Carranza la hubieron rodeado, y entonces él y yo, disfrazados como peones, huimos de la ciudad en un camión de carga. El no quiso hacerle traición a Carranza; no se la hará tampoco a los obreros. Es un hombre honrado.

Pero agrega Paul Hanna que la fe que los trabajadores tienen puesta en Obregón no es una fe ciega. Durante toda su campaña electoral uno u otro de los líderes obreros viajaban con él y hablaban desde la misma tribuna, expresándose siempre en el sentido siguiente: «No votéis por ningún hombre, ni aún por el general Obregón, simplemente porque sea un héroe militar dotado de una personalidad magnética. Hay que separar a los hombres de los principios y fijarse sólo en los principios, y de lo contrario estamos perdidos. En momentos críticos del pasado, el general Obregón ha defendido los intereses de los proletarios. El promete seguirse conduciendo del mismo modo en el futuro. Nosotros le creemos honrado y sincero. Si nos equivocamos y sus palabras nos resultan falsas algún día, debemos estar preparados para abandonarle y atacarle». Y en otro lugar de su interesante artículo, nos dice Paul Hanna, que Carranza también había comenzado bien. Y agrega: «Pero el viejo Primer Jefe no pertenecía al pueblo. Amaba el progreso como un bello principio, lo mismo que hacía Woodrow Wilson: como un astrónomo ama las estrellas. El no sabía que el progreso no puede subordinarse a los presidentes, ni conformarse a sus ambiciones personales. En un solo año, varios Estados comenzaron a proceder independientemente del primer Jefe en la aplicación a las masas de los principios de la revolución. Yucatán fué más activa que el resto, haciendo de cada habitante un propietario y miembro de sus ochenta tiendas y de su corporación para la venta de cáñamo. En una palabra, Yucatán, en el extremo sud, Sonora, en el extremo Norte, y algunos Estados agrícolas, tales como Chiapas, Morelos y Tabascos, se hicieron centros de un marcado sentimiento anti-carrancista. Wilson y Carranza pelearon, sencillamente, porque se parecían demasiado. Ninguno de ellos toleraba que se les contradijera. El hecho de que algunos Estados buscasen su salvación por métodos distintos de los que Carranza preconizaba, puso a éste furioso. Seguidamente envió tropas contra Yucatán. Estas destruyeron las tiendas cooperativas, suprimieron la corporación exportadora de cáñamo y obligaron a huir a aquellos líderes que no habían sido muertos o encarcelados. Las asociaciones obreras de la ciudad de

Méjico y otros puntos, se levantaron en protesta. Los soldados de Carranza las dispersaron y suprimieron. Sólo quedó Sonora con sus grandes sindicatos obreros y sus yaquis indómitos. Carranza ordenó la movilización contra Sonora. Entonces ocurrió lo que todos sabemos: toda la nación se puso al lado de Sonora, y Carranza fué derribado».

Concluye el articulista con este resumen de sus impresiones: «Con la nueva libertad de propaganda y organización de que goza actualmente, la Federación de los Trabajadores ha crecido hasta llegar a tener 500.000 afiliados; centenares de escuelas nuevas han sido abiertas para las masas analfabetas de todo el país, y el gobierno continúa honradamente sus esfuerzos para establecer miles más; la libertad de palabra y de pensamiento ha sido reivindicada en absoluto. La más insignificante minoría es admitida a celebrar audiencias con el presidente, o notificada de que en lugar de *alquilar un salón* para sus reuniones, puede hacer uso de un edificio público; la Federación tiene un diario, «La Lucha», que goza de subsidios semioficiales, tanto en dinero como en

material, de parte de los hombres del gobierno a quienes ataca constantemente por alguna deficiencia; los obreros tienen su Instituto de Ciencias Sociales, que goza de protección similar y tiene plena libertad para enseñar a sus mil doscientos alumnos la clase de economía o sociología que le plazca. Méjico es hoy virtualmente una república obrera».

Por nuestra parte, nos permitimos observar que si todo esto que nos dice Paul Hanna es verdad y, dada la escrupulosidad bien demostrada del periódico en que escribe, no hay razón alguna para dudar, este mejicano Alvaro Obregón, con todo y proceder del campo militar, está resultando más hábil que ningún otro estadista de América y quizás de Europa, al lidiar con el problema económico. En lugar de pretender, como los otros, extirpar la violencia de las demandas obreras con leyes brutales y policías y cañones y ametralladoras, él atenúa el impulso de la ola con oportunas e inteligentes reformas de carácter sinceramente humanista y liberal. En este sentido, resulta el más efectivo adversario de la revolución social violenta en su país.

NUESTROS COLABORADORES

DISCIPLINA Y LIBERTAD

La disciplina implica responsabilidad.

Por una parte, las viejas teorías burguesas junto a las nuevas prácticas de despilfarro — constante producto de nuestro régimen económico; por otra algunos anarquistas sumergidos en supersticiones contra el proletariado, — con el mito de la libertad individual, por bandera, contribuyeron al descrédito de la disciplina, en el campo de las tendencias francamente revolucionarias.

Hoy es urgente una reacción del espíritu libre, contra quienes gritan: ¡Indisciplina! ¡Indisciplina!

No sostendremos que la disciplina sindical o revolucionaria traerá de inmediato la caída del Estado burgués. En todo caso siempre, ha de contribuir ella a que, el proletariado solucione problemas urgentes para su vitalidad y marche, acercándose, — con menos pérdida de sangre, inteligencia y energía, — a la revolución misma. Es necesario que se convenzan los revolucionarios que: «sin disciplina no triunfa ningún ideal político. Y si un ideal político tiene la disciplina como medio y no como fin, podrá triunfar, pero su victoria no será duradera», como dice Ramiro de Maeztú.

Si observamos la gran batalla que libra — desde hace años, — el proletariado mundial, vemos claramente que muchas de las derrotas parciales, atrasos en la organización, poca eficacia de la propaganda, buen éxito de las reacciones estatales (persecuciones, destierros), son debidas por un lado a la fuerte disciplina que la burguesía, en los momentos ál-

gidos, impone a sus ejércitos, policías y a todo el sistema entero, al organismo social, como se vió en la última guerra. En cambio las muchedumbres, las masas trabajadoras, perdieron por su indisciplina, muchas oportunidades que hubieran tenido por consecuencia el hundimiento del régimen capitalista. No es que a los pueblos les faltara preparación o maduración. El éxito de los grandes movimientos populares depende más de lo imprevisto que de lo conocido. Pero el espíritu idealista y altamente científico del hombre, tiende a prever lo imprevisto, y la disciplina que viene incubándose en el corazón de los sindicatos obreros, desarrollada, contribuiría seguramente, a solucionar problemas de vital importancia para el comunismo. Lenin, en los momentos en que la revolución Rusa peligraba, dijo: «Sólo la disciplina puede salvar la Revolución».

Los sindicatos y las organizaciones han sentido el efecto benéfico de la disciplina en sus infinitas luchas contra el capitalismo y la burguesía. El realismo ingenuo y sano de los obreros ha impuesto, a todo el mundo, el cumplimiento estricto de las normas que las asambleas acordaban. Cuando se declara una huelga, todos dejan el trabajo y quien así no lo hace, es obligado por la violencia proletaria a obedecer, lo que la mayoría ha declarado necesario.

Para el gran número de los trabajadores no existe el problema de la verdad de un individuo frente al error de la mayoría. Aunque teóricamente hayan casos, prácticamente, ante la acción de lucha que exige determinaciones precisas, el problema no exis-

te, pues, en caso contrario, la duda impediría obrar y las masas no dejan de obrar por temor a errores que, en el peor de los casos, pueden corregirse al siguiente día.

Cuando se persigue a los «carneros», se cumplen medidas de disciplina. Cuando los patrones intentan violar normas sindicales, por disciplina se hace con ellos «justicia catalana». En las épocas de crisis, se dice de los obreros que se ajustan más a las determinaciones de las mayorías, que cumplen con un alto deber de solidaridad gremial.

Se acepta, pues, la disciplina para el cumplimiento de fines comunes. Por la necesidad también que se deriva de la división del trabajo, de la especialización de la función.

En el sindicato obrero la disciplina adquiere, pues, un doble valor, indiscutible: funcional por un lado y ético, altamente ético, por otro.

No confundamos disciplina obrera, con disciplina de cuartel, sufrida por el soldado. Hay entre una y otra una profunda diferencia. El soldado se ve obligado a aceptar medidas en cuya discusión no ha tomado parte, ni se ha tenido en cuenta para nada, su opinión. En la sociedad obrera, las decisiones son tomadas por *libre acuerdo*, después de amplias discusiones, en las cuales todo el mundo tiene derecho a tomar parte. Sistema libre y popular al cual hemos de presentar — por ahora, — como el más perfecto de cuantos hemos concebido.

Los obreros instituyen la disciplina, sobre la base moral de que el trabajador debe usar todas sus fuerzas en beneficio de la causa de los trabajadores. Para ellos no existe el individuo aislado, y por lo tanto, no pueden concebir la *libertad absoluta*.

Aceptan la disciplina, porque hay fines comunes como ser la lucha de clases y porque constituye una protección perpetua contra el capitalismo, ya que éste nos ofrece siempre un frente compacto y poderoso y bien disciplinado.

Los trabajadores comprenden que en los momentos de acción no caben discusiones metafísicas e imponen, en último caso, violentamente su disciplina. Los teóricos del anarquismo no son enemigos de la disciplina, ni creen tampoco que se oponga a la libertad.

Kropotkine, al hablarnos de la sociedad futura, nos dice, que una disciplina — en las sociedades sin gobierno, — ha de surgir del libre acuerdo de los individuos y de las inter-relaciones de los grupos, de la naturaleza misma de la labor común y de la forma de realizar esta labor.

Malatesta nos habla elocuentemente de la disciplina revolucionaria y agrega, que sólo así podremos llegar al ideal soñado del comunismo libertario. Así como el concepto de autoridad ha sido superado por el anarquismo, el concepto de libertad ha sido también superado por la función.

El concepto absoluto de libertad individual ha muerto. La libertad no consiste en hacer lo que uno quiere. Ni podemos decir, con Spencer, que termina la nuestra donde comienza la de los demás. La libertad, — aunque nosotros particularmente no estemos de acuerdo, — como función, consiste en hacer lo que los demás han considerado necesario y progresivo. Claro está que en las decisiones de los demás pesa nuestra voluntad y nuestra palabra.

Los trabajadores que gestan tan dolorosamente, la nueva civilización sindicalista, no conciben el individuo aislado, ni la libertad absoluta existe para ellos.

Los términos individuo y libre, en la práctica, son abstracciones. De aquí ha de surgir un nuevo concepto de libertad.

No están muy errados estos revolucionarios, ni están solos. Bakounine hace 70 años decía: «Ningún individuo puede reconocer su propia humanidad, ni por consecuencia realizarla en su vida, sino reconociéndola en los demás y cooperando con ellos a su realización. Ningún hombre puede emanciparse sino emancipando a la vez a cuantos le rodean. Mi libertad es la libertad de todos; porque yo no soy realmente libre, libre no sólo en ideas, sino también en los hechos, más que cuando mi libertad y mi derecho hallan su conformación y su sanción en la libertad y en el derecho de todos mis iguales».

No estuvieron mal los trabajadores de la provincia de Santa Fe cuando en un importante congreso libertario aceptaron en principio la disciplina sindical.

JUAN LAZARTE.

CHAFALONIA

Son más decentes los hombres

Voy con un muchacho por la calle.

Ni una sola de las mujeres que pasa ha dejado de mirarle. En la confitería, en el tranvía, noto que le buscan los ojos a él, insistentemente, provocativamente. Todas ven que el muchacho me tiene a mí al lado.

Pero no se dan por aludidas. Siquiera por delicadeza...

En cambio los hombres al ver que voy con compañero, ya no me miran así, en afán de conquista.

Son más decentes, — claro está — los hombres que las mujeres.

Y eso que...

Joven y bien parecida, da pena andar por la calle. ¿Mojigatería? ¡No! si también nos sabe a triunfo el buen piropo que es siempre homenaje.

Pero se oye cada grosería que asusta. Y no la dice el chico de quince años. Ni siquiera — como podría suponerse — el compadrito orillero. La dice uno de veinte a treinta años y que viste bien.

En general los hombres son groseros en esta ciudad. Tanto que a veces, ofendidos los oídos, dan ganas de gritarle al que profirió la frase obscena, en un impulso, como el insulto más gráfico: *hombre de Buenos Aires, al fin...*

Esta moral...

Una escritora me decía:

—Mira, voy a esperar unos años para publicar ese libro.

—¿Por qué? ¿Piensas corregirlo luego?

—No. Pero es el caso que ahí digo cosas que *no están bien* las escriba una jovencita como yo. Son temas audaces referentes a las miserias sexuales de la vida. Todas cosas que una sabe por esa rara intuición con que Dios nos castiga a veces... Si

las publico ahora, se imaginarán que he vivido muchas de esas miserias. No faltaría quien al encontrarme después, hasta me ofreciera dinero».

Se ha quedado seria mi amiga. Luego:

—Y tú sabes que escribo por vocación. Además — perdona mi pretensión, — pienso que les haría mucho bien a las mujeres leer esas páginas mías. Pero esta pobre moral hecha de *mal pensados*.

Y yo a mi vez, para mí:

—Joven, simpática, inteligente... Y en esta época de esta moral: Dios no pudo castigarla más!

COBARDIA

Él, muy *caballero*. Ella jovencita, un poco chiquilina aún, pero buena y atenta a los deseos de su marido.

Una vecina muy obsequiosa, pero con mala reputación, llega y la invita:

—Ya que su marido sale, para que no se quede sola, ¿quiere venir con nosotras al teatro?

Ella va a contestar que sí, que encantada con el ofrecimiento... Ella que es casi chiquilina y no sabe que *no está bien* salir con una mujer de mala reputación. Pero lo mira a él como consultándole. Y se encuentra que él está con el entrecejo fruncido, la mirada hosca y haciéndole señal de negativa.

La vecina insiste, dirigiéndose a él:

—Yo creo que usted no dirá que no...

—(La vecina es joven y es buena moza).

—No faltaba más... Si ella quiere ir.

A la mujercita le ha parecido oír mal o haber visto mal. Vuelve a observar a su marido.

Pero él tiene otra vez el entrecejo fruncido, y por detrás de la vecina vuelve a señalarle negativamente.

Entonces — recién entonces, — la chiquilina comprende y contesta:

—No; gracias, señora. Otra vez será. No estoy dispuesta a salir. Me duele la cabeza... Otra vez.

Después, ya solos, él en *si es no reproche*:

—Pero, viejita; ¿hubieras tenido valor para ir con esa mujer?

Y ella, la chiquilina, no dijo nada.

¿Para qué? Pero pensó con amargura que su marido era un cobarde. Que su misma caballerosidad era quizás cobardía...

Que, ahí, en ese detalle, se revelaba cómo era.

La hacía mentir a ella, incapaz de sentirse *hombre él*, — los hombres no temen decir como piensan — para no quedar mal él ante la vecina joven y buena moza.

Y la chiquilina no dijo nada. ¿Para qué? Pero sufrió la primer gran desilusión.

A las mujeres inteligentes — y ella lo era — no las decepciona, si son algo más que carne, el fracaso físico de su hombre, — si lo hay, — ni siquiera el recibir menos caricias de las esperadas, pero las desilusiona enormemente comprobar que la conciencia de su hombre — ¡su hombre! — tiene fallas morales. Que, en el fondo, también es hipócrita y también es cobarde y también es una pobre cosa como la conciencia de todos los hombres.

HERMINIA C. BRUMANA

Buenos Aires, 1921.

LA CARICATURA MUNDIAL



El presidente Harding, dirigiéndose a Panamá y Costa Rica:

—¡Un poco más de formalidad, muchachos! — (De «The World», N. York).



La paz inglesa en Irlanda. — (Del «Nebelspatter», Zurich).



Extraños compañeros de cama. (Lloyd George y el Bolshevismo, enlazados por fin en un tratado de comercio). (De «The Call», N. Y.)

- AQUILATACIONES -

Por NEMESIO CANALES

EL TEATRO SERIO

Continuación de «*Los tres enemigos del alma moderna*».

Poca palabra y mucha acción. Es lo que ahora le piden autores y empresarios al que quiere ensayar sus fuerzas en el teatro serio, en la obra de tres o más actos. Poca palabra, el menor número posible de palabras, y mucha intriga, mucho ir y venir de personajes, mucho incidente de esos que mantienen despierto el interés del oyente. Priva aquí en toda su fuerza la superstición de que, mientras todo evoluciona en la vida, mientras las demás artes — pintura, escultura, música — han dejado de ser lo que eran, abandonando cada vez más los moldes clásicos en un afán de intensificar más y más la expresión que buscan, el teatro — que es resumen de todas las demás artes — ha de permanecer inmutable, petrificado en el molde pedestre de los efectos a lo Sardou y Echegaray, Teatro anecdótico, teatro de fabulitas en que les suceden, por mero azar, unas cuantas cosas alegres o tristes a los personajes y no se descubre jamás otra cosa que el llamado **choque de pasiones**. ¡Oh!, que no falte nunca el dichoso choque de pasiones. Pero, eso sí, que esas pasiones sean siempre las mismas, las más vulgares, las más primitivas — el odio, el amor, la codicia, la envidia, etc., — y que siempre vengan arregladas de manera que deleiten y entretengan al espectador (que se supone siempre un pánfilo) sin pretender enseñarle, ni predicarle, ni sacudir ninguno de sus prejuicios y rutinas de vida por bárbaros que ellos sean.

¿Teatro de tesis? ¡Jesús! ni se le ocurra a usted tamaña tontería. Las tesis aburren. Pero, — replica uno, — y si aburren, ¿cómo se explica que Tolstoy, Ibsen, Brieu, Galsworthy, Shaw y todos los grandes, en vez de aburrir, se representen cada día con más furor? ¿Qué son todos éstos, sino cultivadores del teatro de tesis, único que hoy atrae al teatro a las gentes cuya curiosidad les pide algo más que esos enredos y lances convencionales y eternamente repetidos, que sólo entretienen a los niños? ¡Oh! sí — contestan — pero eso es allá en Europa y Norte América, pero no aquí, en Buenos Aires, cuyo público no tolera más que cosas ligeras que le recreen sin hacerle pensar.

Y el resultado es un teatro fofo, desabrido, que a lo sumo se atreve de cuando en cuando a ensayar un toquecito de ese barato realismo descriptivo que cree haber puesto una pica en Flandes cuando acierta a darnos, con precisión notarial e inartística, una visión de eso que ingenuamente llaman un trozo de vida. ¡Qué trozo de vida, ni

qué ocho cuartos! Trozo de necedad, trozo de estolidez será, que no de vida. Los detalles ornamentales de un cuarto, de una persona, o de un grupo, no son a la vida, a la vida que nos interesa, a la vida dramatizable, ni siquiera lo que la ropa es a la psicología de las gentes.

«Un drama interesante» — amigos, (y ahora no hablo yo, sino Bernard Shaw, que es hoy día quizás el dramaturgo más universalmente representado y aplaudido) — «no puede significar otra cosa que una obra escénica en que se susciten y discutan problemas de conducta y de carácter de importancia personal para la concurrencia. Las gentes tienen un saludable instinto de que se llevan algo para sus casas al final de tales dramas: no solamente se les ha dado algo a cambio de su dinero, sino que retienen lo que se les ha dado en forma permanente. Por consiguiente, ninguno de los lugares comunes de taquilla tienen aplicación a tales obras. En vano el experto empresario o director artístico asegura que el público desea que le diviertan, y no que le prediquen, en el teatro; que no han de tolerar largos discursos; que una pieza dramática no debe contener más de dieciocho mil palabras; que no debe empezar antes de las nueve ni durar hasta después de las once; que no debe tratarse en ella de religión ni de política; que la infracción de estas reglas de oro se llevará el público para los teatros de variedades; que debe haber en la pieza una mujer de conducta dudosa, representada por una actriz muy bonita; y así sucesivamente. Todos estos consejos están bien para obras en que todo sea tan trivial que no haya nada por debatir. Pero pueden ser despreciadas del todo por el autor que es un moralista y un polemista, de igual modo que un dramata. De esta clase de autor, el público — dentro de los límites inevitables establecidos por el reloj y por la resistencia física de la fábrica humana — lo tragará todo tan pronto como esté lo suficientemente maduro y lo suficientemente cultivado para responder al incentivo de su forma especial de arte». «Y una vez que el público se habitúa a concurrir a estas representaciones, ya pierden todo interés para él los disparos de pistolas, con pólvora sola, que se hacen los actores entre sí, y la simulación de caer muertos que pone fin a los combates escénicos, y los inevitables transportes lírico-eróticos del eterno par de amantes de proscenio, y cualquiera de esas otras majaderías que llaman **acción**, para sentirse cada vez más atraído por la exhibición y discusión del carácter y las normas de vida y conducta de las figuras de la escena a las que hace parecer reales el arte del autor y los actores».

LOS TIRANOS DE AMÉRICA

HISTORIA DEL LOBO YANQUI Y DE LA CAPERUCITA ISLEÑA

(N. DE R.) *Admirable el espíritu y la forma de este artículo en que se pone de manifiesto tan concreta y gallardamente la historia triste de estos últimos años en Haití y Santo Domingo. Pero queremos hacer una salvedad. Y es que los crímenes internacionales de esta categoría no son imputables ni al pueblo yanqui ni a ningún otro pueblo. Todos sabemos ya donde está y cómo se llama el salteador. Se llama Imperialismo y está en todas partes y comete las mismas fechorías. No seamos tan inocentes que gritemos: «¡a, ese!» cuando el rufián se llama Smith y le roba las gallinas a Pancho Ibero. Pensemos que antes que Smith apareciera, ya un González no había dejado estaca en pared por acá, por América. ¿Acaso el imperialismo yanqui le tiene nada que envidiar al imperialismo español, francés, italiano o polaco? ¡Acordáos de Weiller!*

I

Moral de Tiburones

Un día del año 1916 — ardía la guerra europea en toda su furia destructora, — varios buques acorazados de los Estados Unidos rodearon aquella isla hacia donde aproaron las primeras carabelas de Colón; estrechándola con una cintura de cañones, desembarcaron tropas y más tropas, y se proclamaron dueños y señores de la microscópica República Dominicana. Por allí había empezado España a civilizar el Nuevo Mundo. Aquella isla se llamó en un tiempo la España. Los yanquis no estaban en guerra con aquel país. Tampoco los tiburones del mar Caribe están en guerra con los pececillos que devoran. Sólo que la moral de los tiburones es simplista y comprensible: se basa en la necesidad, mientras que la moral de tiburones de los Estados Unidos quiere fundamentarse en la justicia, en el derecho. Esto les hace, en materia internacional, sobre criminales, ridículos. ¿Tenía derecho «el idealista» presidente Wilson para adueñarse de un pobre país que vive entre sus bosques nativos, divirtiéndose con sus revoluciones? Su alevosa estrangulación de una pequeña e indefensa nacionalidad insular, ¿se basaba en la justicia? ¿Cuáles son los argumentos explicativos de la ocupación militar de la República Dominicana? El incumplimiento de un convenio dominico-yanqui, responden los estadounidense. ¡Qué irrisión! Es verdad que no faltaron argumentos para crucificar a Cristo; es verdad que para victimar al inca Atahualpa se adujo que había quebrantado el Código de las Siete Partidas, de que jamás oyera hablar aquel pobre diablo de emperador.

II

Un generoso protector de las naciones

La República Dominicana, hacia principios del siglo XX, tenía sus pequeñas deudas, como cualquier hijo de vecino. Los yanquis, muy zalameros, se presentaron allí con varios talegones y le hablaron a la incauta republiquilla del modo siguiente:

—Tú tienes acreedores diversos, nosotros somos tus mejores y más desinteresados amigos. Toma veinte millones, págale a todo el mundo y débenos a nosotros exclusivamente. Nosotros no te molestaremos por el cobro. Somos tus protectores naturales. Acuérdate de Monroe: «America for americans».

La República Dominicana sonreía, encantada.

—Es más, continuaron los Estados Unidos: para evitarte trabajos y dolores de cabeza, nosotros recaudaremos tus rentas de aduanas, pagaremos los intereses y amortizaciones de los veinte millones, es decir, nos pagaremos y te daremos el remanente para las necesidades de tu administración, para tu fomento, para lo que quieras.

La republiqueta aceptó, y hasta aceptó agradecida, en medio de discursos, fuegos artificiales y varias botellas de champagne, que descorcharon y ofrecieron, generosos, los Estados Unidos.

Esto ocurría en 1907, cinco años después del famoso golpe de Panamá, realizado de mano maestra por el simpático Roosevelt, de ruidosa memoria. Esto es lo que se llama la Convención Dominico-yanqui.

III

Yo me cogí aquel pueblo, tú te cogiste aquel pueblo, nosotros nos cogimos aquellos pueblos.

Todo iba a pedir de boca: los yanquis, cobrando, pagándose y arrojando los huesos a roer al gobierno de la republiquita isleña. Pero como el apetito viene comiendo, y los yanquis tienen los dientes largos y las tragaderas en excelentes condiciones, los sueldos que asignaron a la innumerable caterva yanqui de receptores presupuestivos, mermaban cada vez más las piltrafas adheridas a los huesos dominicanos. El gobierno, mediatizado, tuvo necesidades superiores a los emolumentos que con su propio dinero le asignaba parcamente el recaudador extranjero. Como sus gastos administrativos fueron superiores a sus ingresos, quedó debiendo a sus empleados y dependientes. A los nacionales, no a los extranjeros, que se cobraban ellos mismos.

—¡Cómo!, ¿te permites crecer, por lo menos en gastos? — dijo Wilson. — Imposible. No lo tolero.